

Antonio Gómez Villar

Un ecologismo del 99%

Herder

Diseño de la cubierta: Herder

© 2026, *Antonio Gómez Villar*

© 2026, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5364-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Qpprint

Depósito legal: B-14.335-2026

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

I. ÉRASE UNA VEZ EL ANTROPOCENO	7
La narrativa totalizadora del Antropoceno	7
La humanidad: una figuración políticamente inoperante	18
La forma histórica y social de nuestra crisis climática ...	22
2. LA NATURALEZA EN DISPUTA	27
Una inquietante fantasía: existe la naturaleza prístina ...	27
La ética eco-protestante y el espíritu del ecologismo ...	31
Convertir a la naturaleza en un sujeto	38
La naturaleza es un campo de batalla	44
Una concepción no dicotómica de la relación naturaleza/cultura	48
3. CONTRA LA SUPERIORIDAD MORAL ECOLOGISTA	55
Tremendismo moral y soberbia epistémica	55
La interpelación moral prefigura una respuesta liberal	67
Consumo ecológico para renovar el mandato de clase media	71

4. IMPOTENCIAS POLÍTICAS ECOLOGISTAS	81
¡Tenemos que volver a la base!	81
Demasiado entusiasmo micropolítico	
puede ser un límite	87
La esencialización de las formas eco-lumpen	92
El Mesías solo puede llegar en bicicleta	101
5. RESPUESTAS REACCIONARIAS A LA CRISIS ECOLÓGICA	113
Negacionistas... ¡Porque creen en los hechos!	113
Formas de gobernanza excepcionales	117
La crisis ecológica es una crisis existencial	123
La «ecología nacional» de las nuevas	
extremas derechas	130
6. ENTRE LA <i>CLASE CLIMÁTICA</i> Y EL <i>SUJETO CLIMÁTICO</i>	143
Una mirada materialista sobre el surgimiento	
de la economía fósil	143
Injusticias y desigualdades sistémicas	149
El ecologismo popular de los chalecos amarillos	156
La «clase ecológica» de Bruno Latour <i>aún</i> no existe	164
«Clase y ecología»: un formalismo abstracto	
e ineficaz	168
7. PARA UN ECOLOGISMO PLEBEYO	185
Hacia una topografía subjetiva antagonista	185
Contra el 1%: la internacional reaccionaria fósil	191
Lo verde: una iluminación general sobre	
las tonalidades del campo popular	198
Lucha hegemónica y bloque histórico ecologista	205
BIBLIOGRAFÍA	221

1. Érase una vez el Antropoceno

LA NARRATIVA TOTALIZADORA DEL ANTROPOCENO

En las últimas décadas ha aumentado la contaminación del aire, la emisión de gases de efecto invernadero acumulados en la atmósfera y la destrucción de la capa de ozono; es un hecho la progresiva esterilización, desertización y destrucción de suelos cultivables, el agotamiento de territorios, la deforestación causada por los monocultivos industriales y la caída de cosechas; se ha roto el equilibrio técnico que nos proporcionan los océanos, asistimos a cambios en los flujos de los glaciares árticos, los casquetes glaciares se derriiten, reptan los *icebergs*, se ralentizan las corrientes oceánicas que posibilitan la vida marina, aparecen huracanes violentos en las cuencas oceánicas, desaparecen los bancos de hielo, se acidifican los océanos, perdemos fuentes y reservas de agua dulce, ascienden las aguas; las islas y archipiélagos corren el riesgo de desaparecer bajo el mar y se modifican las líneas de costa; cada vez más se contaminan los acuíferos y esquilmanos la riqueza mineral de la corteza terrestre; se ha reducido la biodiversidad, se amarillea la vegetación tropical, aumenta el número de especies amenazadas y se acelera la extinción de muchas de ellas; es evidente que han aumentado los fenómenos meteorológicos extremos; y se ha

demostrado la existencia de ciclos biogeoquímicos alterados y los saltos de zoonóticos de patógenos entre especies.

La evidencia científica demuestra que nuestro planeta se está calentando, hemos tocado y superado los límites ecológicos y biofísicos del planeta, traspasado el punto de equilibrio planetario, quebrado los límites de nuestro techo ecológico y sobrepasado la capacidad de la tierra y los océanos para absorber los gases de efecto invernadero. La continua extracción de recursos naturales y la emisión de gases están provocando cambios radicales y la situación es difícil en el medio y largo plazo. La transformación de nuestro régimen material tiene un componente fuertemente amenazante: está en riesgo la viabilidad de nuestras sociedades, las condiciones de reproducción de la vida y la base misma de nuestra supervivencia.

El Informe de 2021 del prestigioso Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de la ONU (IPCC) exige limitar el calentamiento entre 1,5°C y 2°C entre 2030 y 2050. Para lograr tal objetivo el Informe sostiene que es necesario reducir las emisiones fósiles un 10% anual. La quema de combustibles fósiles ocupa hoy un lugar central en la emisión de dióxido de carbono. Pero no es el único elemento que interviene: el metano, el dióxido de nitrógeno o el azufre también emiten gases de efecto invernadero. Los diferentes informes del IPCC muestran que el calentamiento global se ha acelerado y que los márgenes de acción para revertir esta crítica situación son cada vez menores. En sus análisis se nos muestra que los escenarios futuros a los que nos enfrentamos son crecientemente caóticos.

Uno de los paradigmas científicos emergentes, incorporado en muchos análisis sobre la crisis ecológica, sostiene que vivimos en una nueva era ecológica, el Antropoceno. El

concepto lo formularon por primera vez el climatólogo Paul J. Crutzen y el ecólogo marino Eugene F. Stoermer.¹ Según esta perspectiva, nos encontramos en un nuevo intervalo de tiempo geológico en el que los humanos tenemos un papel decisivo en la transformación del planeta. Nos hemos convertido en un factor geológico decisivo en la creación de modificaciones y transformaciones biofísicas irreversibles para la Tierra. Para estos científicos los impactos son demasiado significativos como para seguir sosteniendo que vivimos en la era geológica anterior, el Holoceno. En este tránsito, del Holoceno al Antropoceno, el ser humano se ha convertido en el agente que modela la corteza terrestre y altera los procesos de la biosfera. La actividad humana sobre el planeta ha generado cambios ambientales cuya máxima expresión es el calentamiento global.

El concepto «Antropoceno» (del griego *anthropos* [ser humano] y *kairós* [nuevo]) hace referencia específicamente a la dimensión geológica de estas transformaciones: la superficie terrestre está marcada por la actividad humana, es un cambio geológico con reflejo estratigráfico. Los cambios profundos de las «tendencias naturales» pueden observarse en los registros geológicos de épocas anteriores. Los seres humanos hemos transformado la configuración y el funcionamiento de la Tierra como sistema de manera tan generalizada y pronunciada que tiene consecuencias en el registro geológico.

Las narrativas del Antropoceno sitúan el punto de arranque de la nueva era geológica en el nacimiento del industrialismo a mediados del siglo XIX. A partir de entonces las transformaciones acaecidas afectaron a los estratos geológi-

1 P.J. Crutzen y E.F. Stoermer, «The Anthropocene», *Global Change Newsletter* 41, 2000, pp. 17-18.

cos. Dos importantes datos dan cuenta de esta decisiva transformación: la temperatura media de la Tierra es hoy 0,8° C mayor que la media preindustrial; y el aumento de CO₂ en la atmósfera ha aumentado de 250 partes por millón antes de la Revolución industrial a 400 partes por millón en la actualidad. En un período muy corto los humanos hemos llenado la atmósfera de un exceso de CO₂.

Aun cuando el epicentro del nacimiento de esta nueva era geológica, el Antropoceno, suele situarse en los albores de la Revolución industrial, 1950 es una fecha que comporta un punto de bifurcación decisivo: el aumento exponencial de todos los impactos medioambientales. Paul J. Crutzen y el químico Will Steffen² acuñaron el concepto «Gran aceleración» para dar cuenta de las transformaciones acaecidas en la segunda mitad del siglo pasado: expansión económica, comercial y demográfica a través del aumento de la población, el incremento del PIB mundial y, por supuesto, de un mayor consumo de energía. A partir de 1950 tiene lugar un crecimiento económico sin precedentes que implica un aumento de la población urbana, el incremento del consumo de fertilizantes (creció hasta un 160%), nuevos usos del agua, la expansión del transporte privado (los vehículos utilizados superaron los 200 millones), la deforestación, la degradación del suelo y la emisión de gases de efecto invernadero. La «Gran aceleración» hace referencia, pues, a la *aceleración* de los procesos de producción posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el origen más inmediato de la actual desestabilización de los sistemas

2 Cf. el informe *Global change and the Earth System: A Planet Under Pressure*, publicado en 2004 por el Programa Internacional sobre la Geosfera y la Biosfera (IGBP).

de la Tierra y el clima. Creo que la hipótesis de la «Gran aceleración» puede tener potencia política si entiende los cambios sociales y económicos de manera compleja, entrelazados y atendiendo a causas múltiples.

Desde el punto de vista de los indicadores de desgaste y deterioro ambiental, si 1950 es el arranque de la *aceleración*, 1980 es también una fecha importante, pues constituye la primera vez en la historia en que la actividad humana supera la carga del planeta, la primera vez que nuestro modo de vida superó nuestras posibilidades biosféricas. De hecho, desde 1980 hasta hoy hemos emitido la mitad de todas las emisiones de CO₂ que se han emitido a lo largo de la historia.³ Otras perspectivas han apuntado a otra fecha, 1964, el año que se registró la máxima incidencia de lluvia radioactiva.

El interés de la narrativa del Antropoceno, convertido en concepto rector en muchos estudios sobre la crisis ecológica, reside en la manera en que logra enmarcar un conjunto de fenómenos a partir de un antes y un después, una transformación profunda, un momento de ruptura geológica, que da cuenta del poder de los seres humanos de modificar el clima. El planeta se ha visto afectado por la actividad humana a través del impacto en la biosfera y la alteración de sistemas. Los seres humanos somos una fuerza en la naturaleza con capacidad para destruirla; poseemos la misma capacidad de realizar transformaciones en el planeta que otras fuerzas naturales.

Ahora bien, ¿cuándo desarrolló el ser humano su capacidad transformadora del planeta? ¿Dónde situamos el origen del Antropoceno? ¿En el surgimiento de los procesos

3 P. Griffin, *The Carbon Majors Database: CDP Carbon Majors Report*, Londres, Carbon Disclosure Project, 2017.

de industrialización en el siglo XIX, en la «Gran aceleración» a mediados del siglo XX o nos retrotraemos hasta el *Homo sapiens* mismo? Creo que estas preguntas son pertinentes, porque entre los defensores de la hipótesis del Antropoceno existen dos grandes corrientes: de un lado, como ya hemos visto, quienes sostienen que el Antropoceno tiene su origen en la Revolución industrial y la posterior *aceleración* a mediados del siglo XX; de otro, quienes defienden que el Antropoceno comenzó en el preciso momento en que el ser humano comenzó a usar el fuego.

Se puede diferenciar, pues, entre quienes definen el Antropoceno a partir de las acciones realizadas por los seres humanos en una coyuntura histórica dada (perspectiva histórica) y entre quienes sitúan las fuertes transformaciones del planeta en una serie de capacidades humanas inherentes (perspectiva naturalista). Sin embargo, y aun cuando esta distinción analítica es pertinente, considero que ambas posiciones están fuertemente entrelazadas. Para la primera perspectiva, tanto la Revolución industrial como la «Gran aceleración» constituyen puntos de inflexión, es decir, «no son más que los capítulos finales y más impactantes de una larga, enmarañada y evolutiva historia de transformación del medio ambiente de la Tierra por parte del ser humano; una historia que aún continua».⁴ Y es que la tesis del Antropoceno exige, como necesidad lógica, ser deducida de la propia naturaleza humana. Si, por el contrario, solo fuese una dinámica contingente y accidental, es decir, histórica, la narración del *anthropos* no se sostendría. De ahí que muchas perspectivas sitúen como origen fundacional del Antropoceno la manipulación del fuego por parte del ser humano, estableciendo así un hilo

4 E.C. Ellis, *El Antropoceno: una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2022.

de continuidad desde la capacidad humana de controlar el fuego al posterior desarrollo de la economía fósil.

Es en este sentido que los teóricos del Antropoceno llegan a deducir la transición a la energía fósil por necesidad lógica, desde una esencializada naturaleza humana. Se traza una línea de continuidad entre la quema de un árbol por el *Homo erectus* y la quema de un barril de petróleo en el siglo XIX. En la medida que solo el ser humano puede manipular el fuego, ello constituye «el detonante evolutivo esencial para el Antropoceno».⁵ Esta secuencia evolutiva, de la manipulación del fuego primitiva a la combustión de carbón en la Revolución industrial, da cuenta de un relato histórico teleológico, lineal y determinista, una historia predeterminada desde sus inicios: «el dominio del fuego adquirido por nuestros antepasados dotó a la humanidad de una herramienta poderosa y monopolista que no estaba a disposición de las otras especies, esto es lo que nos situó firmemente en el largo camino hacia el Antropoceno».⁶

Desde esta perspectiva, a los humanos se nos otorga una adscripción geológica, se nos señala como fuerza geofísica. Pero ¿actúa la humanidad siendo consciente de detentar este papel histórico? Las perspectivas naturalistas del Antropoceno presentan a la humanidad como no consciente de sus actos ni de las perturbaciones ecológicas provocadas. La historia se desarrolla sin el «conocimiento» consciente del ser humano: «la tendencia general de aumentar el papel y el impacto humano [...] no fue un accidente. Aunque no intencionada, esta tendencia fue fundamentalmente la consecuencia de la

5 M. Raupach y J. Candell, «Carbon and the Anthropocene», *Current Opinion in Environmental Sustainability* 2, 2010, pp. 209-2011.

6 W. Steffen, P.J. Crutzen y J. MacNeill, «The Anthropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature», *Ambio* 36(8), 2007.

evolución de la historia humana». ⁷ Los humanos nos hemos convertido en una fuerza geológica a través de un proceso que se da de manera casi inconsciente o, al menos, de forma no intencional ni voluntaria. Es decir, somos una fuerza geológica más allá de nuestra voluntad individual.

La acción humana sobre la Tierra tiene efectos colaterales, pero no responde a un proyecto. Como sostiene Peter Sloterdijk, «el concepto “Antropoceno” conlleva nada menos que la tarea de comprobar si el organismo “humanidad” es capaz de hacer de un eyecto (expulsión) un proyecto o de transformar una emisión en una misión». ⁸ Más aún, la conversión en fuerza geológica excede la posibilidad de alcanzar una comprensión humana sobre tal hecho. La experiencia humana, entonces, es una fuerza más allá de todo control. Es un proceso anónimo, sin protagonista. Podemos decir que en este nuevo marco temporal e histórico, la Tierra está sometida no a una intencionalidad humana sino a sus *efectos involuntarios*. Esta mirada encierra una fenomenología de la crisis ecológica que elimina la agencia humana, y he aquí el problema: dada su incapacidad para la transformación se torna imposible la actividad política.

El Antropoceno, en su pretensión epistemológica de historizar en «eras», nos ofrece una historia compartida, una gramática lógica y herramientas de representación social. Se propone una historia que comienza narrando el final, una mirada retrospectiva en la que se presenta a la naturaleza humana como un hecho, un grado cero de la humanidad con el que poder medir nuestros excesos presentes. Desde esta perspectiva, existe un universal antropológico que con-

⁷ *Ibid.*

⁸ P. Sloterdijk, *¿Qué sucedió en el siglo xx?*, Madrid, Siruela, 2018, p. 13.

tiene la pulsión y potencia de destrucción y dominio de la naturaleza. Los humanos estamos atravesados por una tendencia antropológica a la extralimitación biofísica; una propensión humana a transformar radicalmente los ecosistemas. Se trata de un materialismo abstracto y naturalista que contiene una perspectiva teleológica y metafísica. No se busca explicar la génesis de la crisis, tan solo señalar el comienzo, una *Génesis* sobre la caída del humano. El ser humano tiene un propósito intrínseco, una lógica propia de despliegue resumida en una escatología cristiana: desde nuestra creación y hasta el Juicio Final, como fin de la historia humana. Así pues, en el Antropoceno opera un cambio radical en la experiencia histórica: el ser humano es, al mismo tiempo, una fuerza geológica y una especie en peligro de extinguirse por las transformaciones que él mismo ha creado.

He aquí una hipótesis telúrica, un *telos* histórico fatalista e inevitable, una naturaleza condicionada y llamada desde el inicio a superar los límites biofísicos del planeta, atrapada en un destino que desborda a los seres humanos. Una sucesión lineal hasta la catástrofe. El discurso del Antropoceno en torno al fuego ha de leerse como una historia conjetural, un mito en el sentido griego de «narración» que quiere explicar figuradamente cómo hemos llegado a desarrollar una economía fósil. Es una historia hipotética y conjetural, no empírica ni corroborada, que combina un doble pesimismo, el antropológico y el histórico, pues el mal parece residir tanto en la naturaleza humana como en las estructuras sociales. Como apunta el teórico político estadounidense William E. Connolly, «si bien el capitalismo, el neoliberalismo, el comunismo, el secularismo, el socialismo, el cristianismo, la socialdemocracia, el humanismo y el judaísmo luchaban entre sí por